

La Universidad

En el marco de la realidad actual –que hemos venido graficándola a lo largo de este documento– la Universidad juega un papel trascendental en su misión educadora y creadora de conocimiento. La creación de capital humano y tecnológico de avanzada resulta vital para el cumplimiento de las metas y desafíos de cualquier modelo de desarrollo. En el caso chileno, resulta más importante aún dado que el núcleo que parece ser indispensable desarrollar con más solidez son justamente las destrezas y conocimientos.

El escenario universitario actual es consecuencia directa de las reformas a la Educación Superior de los años 1981-1982, las cuales constituyen las llamadas Universidades Privadas, coexistiendo con las preexistentes Universidades Estatales. Esta nueva configuración responde a las ideas fundamentales del nuevo paradigma, a saber: (a) El conocimiento y la educación pueden ser transados en un mercado del conocimiento (siendo los aranceles y prestaciones de servicios expresiones concretas de este concepto), (b) este mercado regulará la calidad y pertinencia de las instituciones a través de la libre competencia, y (c) existirán subvenciones para ciertas actividades académicas a fin de lograr mayor equidad en el acceso de los estudiantes de escasos recursos, o desarrollo de disciplinas y conocimientos importantes para el país que no tengan mercado actual.¹

El hecho de que estas transformaciones se hicieran bajo una óptica económico-financiera genera un desequilibrio en los aspectos académicos y sociales que una reforma universitaria supone. Estos cambios van desde la universidad vista como institución (autofinanciable y de calidad) y como comunidad educativa (embarcada en el cumplimiento de su misión universitaria).

La institución universitaria

La nueva estructura de financiamiento universitario comprende la captación de recursos desde el cobro de aranceles universitarios, la prestación de servicios y la participación en fondos concursables para la investigación. Sin embargo, la capacidad de cada unidad académica de generar recursos a partir de estas instancias no es la misma. De las diversas unidades, aquellas que practican disciplinas con más impacto en el mercado (ingeniería, economía) tienen una capacidad de reinversión en su propio mejoramiento mucho más alta que las que no tienen demanda en el mercado, como filosofía, historia o ciencias sociales, por ejemplo. Algo similar ocurre con los fondos concursables, con predominio de las ciencias biológicas y químicas, así como el rezago de las ciencias sociales y las humanidades.²

¹ Jaime Lavados Montes, *Los Negocios Universitarios en el Mercado del Conocimiento*, Editorial Juan Carlos Sáez, pág. 31-32.

² Jaime Lavados Montes, p. 146-147.

Si bien el modelo plantea el aseguramiento de la calidad a través de la competencia y de las leyes de mercado, se expresa una ambigüedad a la hora de evaluar la calidad y pertinencia de las instituciones de educación superior y sus programas. Esto debido, entre otras razones, a la carencia de criterios objetivos para certificar, por una parte, la efectiva adquisición de conocimientos en el proceso formativo y, por otro lado, de académicos idóneos para trabajos de investigación. A modo de ilustración, si bien un cierto programa se puede evaluar midiendo la presión por ingresar a él o el nivel de satisfacción de los estudiantes, es también cierto que el éxito de dicho programa está en directa relación con la calidad de estos mismos estudiantes; o en el caso de la investigación, de elección de universidad y otros, se presentan mas bien percepciones subjetivas (como el prestigio, tradición, relaciones personales entre los actores) y no necesariamente reflexiones vinculadas al tema de la calidad. Así es posible hablar de una homogeneización (en lo estructural, no en la percepción colectiva) de las instituciones universitarias. Sin perjuicio de lo anterior, existe una reciente preocupación por el aseguramiento de la calidad universitaria, expresada en la conformación del Consejo Nacional de Acreditación (CNAP)³.

Vida académica y formación de los estudiantes

Otro de los efectos de la aplicación del modelo es el aumento de la matrícula y con ello la creciente inclusión de jóvenes provenientes de segmentos poblacionales de menor nivel cultural, con problemas económicos más acuciantes y liceos de menor calidad y exigencia, lo cual hace indispensable programas y métodos docentes distintos a los tradicionales. Es más, ya antes del ingreso a la educación superior, y probablemente a partir de la estructura y recursos de su familia de origen, hay en Chile significativas diferencias entre la posibilidad de ingreso a la educación superior de los más pobres respecto de los más pudientes. Cabe recordar que las principales intenciones de las manifestaciones estudiantiles del año 2006 fueron denunciar estos problemas en la desigualdad del acceso desde el problema de la calidad escolar.

En el plano netamente formativo se denota una excesiva acentuación profesionalizante y de adquisición de competencias (eventualmente transables en el mercado laboral) por sobre la tarea integral y humana de formar personas para la sociedad. Se menoscaba la noción de comunidad de profesores y estudiantes que buscan la verdad en la convergencia de saberes, de conocimiento crítico y creciente de la realidad. Se pierde, de esta manera, la dimensión humanizante de la universidad. Esta situación no es muy distinta de la consignada en el diagnóstico de la realidad universitaria en el marco del Congreso de Pastoral Universitaria⁴ hace 24 años atrás.

³ Existe una extensa documentación y estudios sobre el aseguramiento de la calidad de la Educación Superior en el sitio web de la CNAP: <http://www.cnap.cl>

⁴ Vicaría Pastoral Universitaria, *Documento Final Congreso Pastoral Universitaria de Santiago*, Punta de Tralca, 1983, pág. 13.

Comunidad universitaria

Este nuevo sistema universitario ha producido profundos cambios en la conducta y mentalidad de los actores involucrados en el proceso, tanto académicos, estudiantes y funcionarios. En el caso de los académicos, éstos tienden a definir su participación en la docencia, investigación o prestación de servicios, según ella les brinde una rentabilidad personal (prestigio) y económica. De manera análoga ocurre con los estudiantes, al centrar su preocupación en la rentabilidad de la inversión que están realizando, por lo cual el centro de su preocupación es su carrera y la calidad de los servicios que reciben. No están mayormente interesados por la universidad en su conjunto, los porcentajes de elección de sus representantes disminuye sostenidamente y cada vez se oponen a quienes proponen movilizaciones que podrían significarles pérdida de clases. Es interesante observar que para los más radicalizados la alternativa efectiva de protesta sea la toma (impedir físicamente la realización de actividades) puesto que el paro no asegura mayorías que lo respeten.⁵

Cabe además señalar que los motivos frecuentes de movilizaciones estudiantiles es el tema del financiamiento y del crédito, confirmando el ideal del modelo al asumir la condición reducida de “cliente” (solicitando no un “derecho” a la educación, sino a la “ampliación del mercado” hacia un cierto grupo mediante el crédito) y cada vez es menor el cuestionamiento por la calidad formativa de la institución universitaria.

Con respecto a los centros de estudiantes, con excepción de los emblemáticos, es escasa la participación y crítica con el proyecto que emprende la institución universitaria. Mayormente se dedican al emprendimiento de actividades recreativas y sociales que puedan ser atractivas para los estudiantes, sin una orgánica de conjunto que permita recogerlas y trabajar en sus aspectos eminentemente formativos que dichas actividades suponen (como la construcción de mediaguas o trabajos de invierno/verano).

Es importante consignar la gran cantidad de personal subcontratado (no funcionario de la institución universitaria) para las tareas de seguridad y servicios básicos. Este grupo de trabajadores proviene de los sectores más pobres y se encuentra completamente excluido de la comunidad universitaria. Esto se demuestra a través de la diferencia de beneficios y privilegios comparados a los de funcionarios contratados (en contraste con la volatilidad e inestabilidad laboral de los subcontratados) y por la ausencia de programas de integración con la institución eminentemente cultural en la cual trabajan. Son prácticamente “invisibles” para la comunidad universitaria.

(Traté de consignar temas inherentes a la universidad... por ejemplo no puse lo de la soledad estudiantil –la soledad es un fenómeno, a mi juicio, inherente a la juventud o a otro tópico social, y no particularmente a algo inherentemente universitario).

(Falta una conclusión... quizá en un tono desafiante de la mano con lo que propone el documento de Aparecida)

⁵ Jaime Lavados Montes, pág. 284-285.